
Extractos de artículos de Manuel Ugarte compilados por Norberto Galasso en *La Nación Latinoamericana* 1987

(Caracas: Theresa Desmard y Biblioteca Ayacucho)

“La defensa latina”

(Fechado en París el 5 de octubre de 1901, fue publicado en el diario *El País* de Buenos Aires el 9 de noviembre.

[...]

Debido a la falta de ferrocarriles y telégrafos, los países latinoamericanos se han desarrollado tan independientemente los unos de los otros que a pesar de la identidad de origen y la comunidad de historia, no han podido sustraerse a la ley científica de la adaptación al medio.

Hasta hace pocos años ni aun los más vecinos estaban en contacto directo. Cada pueblo se ha orientado a su modo. Hoy mismo nos unen con Europa maravillosas líneas de comunicación, pero entre nosotros estamos aislados. Sabemos lo que pasa en China, pero ignoramos lo que ocurre en nuestro propio continente. De aquí que las repúblicas nacidas de un mismo tronco, sean tan disímbolas. Cada una se ha desarrollado aislada, dentro de sus fronteras, multiplicándose por sí misma, sin recibir más influencia exterior que la que le venía de Europa en forma de emigración ávida de lucro. De suerte que muchas de esas sociedades abandonadas por los españoles en plena infancia, han seguido repitiendo los gestos del coloniaje, sin tratar de relacionarse entre ellas.

La independencia sólo se tradujo, para algunas, en un cambio de esclavitud porque pasaron de manos del virrey que era responsable ante el monarca, a las de una oligarquía ambiciosa que no es responsable ante nadie. De ahí los altibajos que se notan entre pueblos que tienen un punto de partida común. Los unos, favorecidos en cierto modo por la suerte (clima, geografía, gobierno, etc.) se han encaramado en grandes saltos hacia el progreso. Los otros, han quedado estacionarios y aquellos se han dejado ganar por la nación poderosa más vecina. Pero eso no quiere decir que carecen de la unidad moral indispensable para oponer un bloque de resistencia.

No los separa ningún antagonismo fundamental. El congreso hispanoamericano que se reunió hace un año en Madrid no resolvió ninguno de los problemas que nos interesan, pero tuvo, por lo menos, el mérito de exteriorizar la buena armonía que nos une. Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos repúblicas más opuestas de la América Latina, hay menos diferencia y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos estados de Austria. Nuestras divisiones son puramente políticas y por tanto convencionales. Los antagonismos, si los hay, datan apenas de algunos años y más que entre los pueblos, son entre los gobiernos. De modo que no habría obstáculo serio para la fraternidad y la coordinación de países que marchan por el mismo camino hacia el mismo ideal.

Las repúblicas que han alcanzado mayor grado de cultura serían los guías indicados en esta tentativa de orquestación latinoamericana. Olvidando, ante el peligro común, sus diferencias accidentales, formarían el primer núcleo alrededor del cual vendrían a agruparse sucesivamente las más pequeñas. Del acercamiento brotaría un tejido de mutuas simpatías, que irían acentuándose desde la *entente cordiale* hasta llegar quizá a una refundición que juntaría todos esos embriones dispersos en el molde de un organismo definitivo. Sólo los Estados Unidos del Sur pueden contrabalancear en fuerza a los del Norte. Y esa unificación no es un sueño imposible. Otras comarcas más opuestas y más separadas por el tiempo y las costumbres, se han reunido en bloques poderosos y durables. Bastaría recordar cómo se consumó hace pocos años la unidad de Alemania y de Italia. La amenaza de la invasión extranjera se encargaría de desvanecer las prevenciones. Sólo puede inquietarnos el modo como se realizaría la unidad.

[...]

El establecimiento de comunicaciones entre los diferentes países de la América Latina sería entonces la primera medida de defensa. Pero esas líneas, para ser eficaces, habrían de ser construidas o administradas directamente por las repúblicas, utilizando diferentes capitales europeos de modo que se neutralicen. Los teóricos aconsejan evitar las ocasiones en que una empresa extranjera pueda monopolizar un servicio esencial para la vida de un Estado. Los capitales yanquis se verían naturalmente excluidos por completo. El ferrocarril intercontinental de Nueva York a Buenos Aires proyectado por una empresa norteamericana, sólo sería un gran canal de infiltración y el comienzo de nuestra pérdida. De llevarse a cabo, conviene que lo sea con recursos particulares de los Estados que atraviese y en caso de no bastar éstos, con capitales europeos. Pero en ningún caso podría admitirse que las vías de comunicación sean propiedad de empresas extranjeras y especialmente norteamericanas.

[...]

Pero, además de la unión y la solidaridad, la América Latina tiene, para defenderse de la infiltración yanqui, una serie de recursos que, combinados con destreza, pueden determinar una victoria. El más importante sería el contrapeso que los intereses europeos deben ejercer. Francia, Inglaterra, Alemania e Italia han empleado en las repúblicas del sur grandes capitales y han establecido inmensas corrientes de intercambio o de emigración. En caso de que los Estados

Unidos pretendieran hacer sentir materialmente su hegemonía y comenzar en el sur la obra de infiltración que han consumado en el centro, se encontrarían naturalmente detenidos por las naciones europeas que tratarán de defender las posiciones adquiridas. Este choque de ambiciones es la mejor garantía para los latinos de América.

Cediendo a egoísmos particulares y acariciando imposibles deseos de colonización en gran escala, los europeos se opondrán a toda tentativa de los Estados Unidos en América del Sur.

[...]

Apoyada en su unidad moral, en esta formidable fuerza exterior y en la simpatía de sangre de España y Portugal de quien desciende, la América Latina puede oponer una resistencia invencible a todas las agresiones. La omnipotencia de los Estados Unidos desaparece ante una simple combinación de energías. La poderosa república del Norte presenta también sus grandes puntos vulnerables. La concentración de las fortunas y el aumento de los monopolios tienen que provocar en Estados Unidos, quizás antes que en Europa, esos grandes conflictos económicos que todos han previsto. Abarca un territorio demasiado extenso que como tantos otros de los tiempos antiguos y aun de los modernos, no puede ser de cohesión durable y trae sobre todo en su seno, como llaga de donde saldrán muchos males para el porvenir, un antagonismo de razas, una lucha entre hombres blancos y hombres de color que, bien utilizada por un adversario inteligente, puede llegar a debilitarle mucho.

[...]

Quizás todas las repúblicas no consentirían en adherirse a la tentativa salvadora. Hay algunas cuya descomposición está tan adelantada que envueltas en el vértigo del norte, no son libres de cambiar de orientación y de vida. Si no es posible atraerlas, fuerza será abandonarlas. Pero en todo caso, bastaría que el acuerdo se estableciese en la América del Sur, hasta el istmo.

Y aun en ese radio hay dificultades. Se trata de regiones que han vivido tan separadas y extranjeras las unas a las otras, que en los comienzos sería tarea imposible hacerles fraternizar en un sistema unificado.

Sólo puede prepararlas una larga época de elaboración tenaz, durante la cual la parte más ilustrada de cada una se entregue a una infatigable cruzada de propaganda. Sería ilusión suponer que hoy por hoy es realizable la coordinación más superficial entre estados que el abandono de tantos años y las ambiciones inmediatas han contribuido a hacer indiferentes u hostiles. De manera que sólo cabe preparar lo que se realizará después.

Preparación que se traducirá en congresos, enviados especiales, tratados comerciales, tribunales de arbitraje, cuerpo consular numeroso, etcétera.

De esa primera etapa no sería difícil pasar a otras a medida que el espíritu público fuera penetrándose, en todas partes, de la necesidad de la unión y palpara los beneficios que de ella se puede esperar.

Se fundarían diarios especiales, se multiplicarían las conferencias, habría intercambios entre comisiones destinadas a estudiar un punto u otro de la administración de los estados, se perfeccionaría el servicio internacional de correos, se organizarían viajes colectivos alrededor de América Latina con estudiantes

delegados de cada facultad, se aumentaría el canje entre diarios de las diferentes capitales, se reduciría la naturalización a una simple declaración escrita y con líneas de comunicación cada vez más rápidas y más completas, con la propaganda cada vez más decidida y eficaz de todos los ciudadanos, industriales, cónsules, etc. no parece difícil conseguir al cabo de pocos años, un recrudescimiento de la fraternidad entre las diferentes naciones. De esos acercamientos, nacerán sentimientos fraternales y la buena cordialidad se robustecerá hasta permitir pensar en lazos más sólidos.

[...]

“La América Latina”

(Capítulo del libro *El porvenir de América Latina*, editado por Prometeo en Valencia, España, en diciembre de 1910.)

[...]

La política del “cada uno para sí” y el razonamiento primario que entretiene la credulidad de algunos gobiernos no resiste al análisis y es un error visible que, además del egoísmo que denuncia contiene males innumerables. “Admitiendo que el peligro exista –declaran– para llegar hasta nosotros el coloso tendría que atravesar toda la América”. Olvidan que si la situación geográfica logra ponernos, según la región, parcialmente al abrigo, que si la prosperidad económica puede, quizá, anular o detener el primer ataque cada vez que una nueva comarca sucumbe, el conquistador está más cerca. Es un mar que viene ganando terreno. Por otra parte, las repúblicas triunfantes no pueden dejarse ahogar y arrinconar en el Sur. Todo indica que muy pronto serán entidades exportadoras que necesitarán mercados en el propio Continente. No es un sueño suponer que la Argentina, el Brasil y Chile resultarán en ciertos órdenes, los proveedores obligados de la zona que se extiende más allá del Ecuador. Además, ¿cómo suponer que el huracán se detendrá al llegar a nuestros límites? Nada más desconsolador que la política que espera a que los peligros le pongan la rodilla en la garganta para tratar de conjurarlos. El buen sentido más elemental nos dice que las grandes naciones sudamericanas, como las pequeñas, sólo pueden mantenerse de pie apoyándose las unas sobre las otras. La única defensa de los veinte hermanos contra las acechanzas de los hombres es la solidaridad.

[...]

“La Patria Única”

(Capítulo de *El porvenir de la América Española*, editado por Prometeo en Valencia, España, en diciembre de 1910.)

[...]

Tengamos fe en el porvenir. Robustecida la noción de grandeza de mañana por las ventajas crecientes que registra el orgullo nacional; vigorizado el ímpetu con ayuda de una certidumbre; ensanchados los horizontes ante la urgencia de cohesionar las patrias, América Latina puede aspirar a los triunfos más altos y más duraderos. Todo contribuye a hacer de ella una de las cimas desde el Ecu-

dor hasta el mar austral; su prosperidad inverosímil, que la pone a la cabeza de las naciones exportadoras; su juventud viril, su cosmopolitismo generoso y su noble audacia la transforman en campo abierto a las promesas del sol. Si la prudencia la pone al abrigo de mortales intervenciones, se podrá decir que la especie ha ganado un campo de oro. Porque no se trata de alternar los egoísmos ni de impedir la tiranía anglosajona para imponer la nuestra, sino de mantener el libre juego de una nacionalidad, alimentada internacionalmente para abrir en el mundo, bajo el amparo de la civilización latina, una posibilidad de acción de todos los hombres.

Derribemos el obstáculo que se opone a la ascensión total. Nuestra América es hoy copia de esos juguetes que consisten en una infinidad de cajas concéntricas. Se rompe la primera y aparece la segunda; se destruye la segunda y surge la tercera, sin que tenga límite el fraccionamiento cada vez más artificioso que parece obra de maniáticos empeñados en pulverizar la vida. Ha llegado el momento de hacer síntesis. A la Argentina, al Brasil, a Chile y a México incumbe el deber de encabezar la cruzada. Su prestigio, su alta cultura y sus progresos capacitan a esos países para salvar la situación. Desde el punto de vista colectivo, la dispersión nos perjudica más que una derrota diaria. Desde el punto de vista particular, cada república se halla indefensa ante las amenazas del imperialismo. No hay que gesticular con el pensamiento en lo que dirán los contemporáneos, sino en lo que fallará el porvenir. Los mejores patriotas serán los que pospongan los patriotismos locales al patriotismo continental.

[...]

“Bolívar y la juventud”

(Discurso pronunciado en la Asociación de Estudiantes de Caracas el 13 de octubre de 1912. Integra el libro *Mi campaña hispanoamericana*, editado por Cervantes en Barcelona en 1922.)

Sólo los pueblos que son fieles a su pasado se imponen al porvenir. Por eso es que mi primer acto al llegar a Caracas fue un homenaje ante una tumba. No necesito pronunciar el nombre porque está en todos los labios. Al conjuro de su gesto ha florecido la independencia y la libertad desde el Orinoco hasta el istmo y desde Colombia hasta el Perú...

Y confieso que cuando mi mano temblorosa depositaba unas flores sobre la tumba del padre de nuestras nacionalidades, sentí como una iluminación interior. Porque para un americano de habla española que siente la atracción de los orígenes, que alimenta el orgullo de los laureles continentales y que, atraído por los múltiples lazos que nos unen, ve en América Latina su Patria Grande, su nacionalidad total, nada puede ser más emocionante que evocar en esta república la enorme cabalgata de victorias que surgió al conjuro del héroe del cual nos enorgullecemos todos.

Al salir a regar por América la libertad y la luz, al romper, en un movimiento genial, los límites de la patria chica para sentar las bases de la empresa más alta que recuerdan los anales del continente, Bolívar fue algo así como la adivinación y la encarnación del sentimiento colectivo que viene a traducirse ahora,

un siglo más tarde, ante la amenaza invasora, en acercamiento entusiasta y en noble fraternidad.

El ímpetu que nos anima, el fuego que enciende las manifestaciones enormes que he visto en torno mío en México, en El Salvador y en todas las repúblicas que he visitado, la emoción que nos ha embargado aquí durante las últimas luchas, derivan fundamentalmente de las concepciones del ciclópeo defensor de la América libre, del hombre sobrenatural que sabía leer en el futuro y hacer que las montañas se abrieran ante sus ejércitos como las aguas del mar ante Jesucristo. Por eso es que si se realiza el proyecto de fundar en Caracas una agrupación destinada a defender el acercamiento latinoamericano, yo creo que ella podría ahorrarse el trabajo de formular un programa y de hacer una declaración de principios con sólo levantar, como suprema bandera, el nombre simbólico de “Sociedad Bolívar”.

La juventud de Venezuela, que ha realizado una proeza más probando que por sobre todas las consideraciones está la dignidad nacional y el patriotismo de los pueblos, es la heredera legítima de las tradiciones de los héroes de la independencia. En medio de tantas contrariedades, me llevo la visión posible de una patria renovada, de un continente rehecho por los que empiezan a vivir. Y al encontrarme ahora aquí, fraternizando con los que sobrenadan triunfalmente en medio del naufragio de las generaciones, respirando el oxígeno de las cimas incontaminadas que se tiñen de reflejos rosados bajo la sonrisa de una aurora nacional, olvido todas las tristezas y todas las desilusiones del camino, porque veo que aquí hay elementos sobrados para realizar la obra de sacrificio y de austeridad que se impone a nuestros pueblos, obligados por una fatalidad de la historia a defender al propio tiempo la libertad y los límites, impelidos por la fuerza de las circunstancias a sanear, con el mismo gesto, la patria chica y a solidificar la grande.

[...]

“Nada más peligroso que una revolución a medias”

Manifiesto lanzado desde Niza, con motivo del derrocamiento del dictador peruano Leguía y escrito a solicitud del APRA. Publicado en agosto de 1930, se reprodujo en la revista *Claridad* de Buenos Aires, el 11 de octubre de 1930.

[...]

Los hombres no son más que incidentes. Lo único que importa son las ideas. No perseguimos una venganza ni una ambición, sino una obra. Lo que urge es reaccionar contra las malas costumbres políticas, contra los errores endémicos, contra la absurda organización de nuestras repúblicas, si es que hemos de llamar “organización” al dominio de una oligarquía o de una plutocracia que nunca que nunca tuvo más visión de la patria que sus conveniencias.

Nada más peligroso que una revolución a medias. La juventud debe velar para que el sacrificio no sea estéril y no se reduzca todo a la satisfacción interior: la justicia social, la situación del indio, la división de la tierra; en el orden exterior: la defensa contra el imperialismo, la organización de la economía nacional, la aspiración hacia la Patria Grande. Hay que organizar a la América

Latina en favor de la América Latina misma y no, como ahora, en favor de los inútiles del terruño y de los piratas de afuera.

Esto hará sonreír a los hombres de Estado a la antigua usanza que en cien años de gobierno no han sabido hacer de nuestra América más que el mosaico hipotecado y doliente que nos van a entregar ahora. Pero esa es la política del porvenir, pese al egoísmo de los privilegiados.

Que la juventud vele para que el esfuerzo no se malogre, para que la oportunidad no se pierda. Lo que empuja hoy a nuestro continente es un fervor análogo al que determinó el separatismo. Es, en realidad, la Segunda Independencia lo que vamos a hacer. Ayer Bolivia, hoy el Perú, mañana las otras repúblicas, se inicia el levantamiento de toda América contra las oligarquías que la devoran, contra el extranjero que la oprime.

Que la juventud se apodere del timón y dirija la barca. Si no lo hace, se habrá perdido, acaso, para nuestras repúblicas, la última posibilidad de vivir plenamente independientes.